

A propósito del número especial de confluencias sobre los problemas de la novela.

Roland Barthes

No hacemos más que glosarnos unos a otros.
Todo hormiguea de comentarios. Autores, eso es lo que falta.
(Montaigne)

El número de *Confluencias* consagrado a los Problemas de la Novela adolece de un defecto de medida: cincuenta y siete autores han escrito allí 415 páginas. Es tedioso que en tiempos en los que resulta difícil hallar algunos libros esenciales, el papel sea empleado en comentarios que a menudo se repiten o se contradicen. Un lector ha recorrido en vano diez librerías para adquirir un Hugo, un Proust, un Aragon, un Michaux, etc.; de retorno a su hogar, se encuentra con un gran volumen de glosas cuyas tres cuartas partes no le parecen indispensables. De este volumen obtiene una impresión de confusión, de hastío, de inutilidad, que lo conduce al mal humor sin que la causa de las Letras, de la Novela, de las Revistas, obtenga a cambio alguna cosa. Mejor hubiese sido reducir tal número a su magrez esencial. Estos cincuenta y siete estudios hubiesen ganado bajo la dimensión de una plaqueta en la que

hubiese hallado espacio una decena de artículos llamativos, siempre que en un volumen accesible los principales problemas de la novela estén tan bien considerados como en un largo tratado.

¿Cuáles son estos problemas? En principio, un problema de sustancia. ¿Cuál es la sustancia común de la novela contemporánea? El artículo de Georges Monin [sic] (“Mitologías de la adolescencia en la Novela contemporánea”) habría respondido a esto. (Nada más verdadero y bello, dicho sea de paso, que las páginas de este autor sobre los adolescentes de Mauriac). Luego, un problema de fabricación. ¿Cuáles son, en el universo de la novela, las relaciones entre criatura y creador? Se habría podido colocar aquí el profundo artículo de L. Martin-Chauffier sobre Proust o el doble Yo de cuatro personajes; el de Jean Thomas sobre Gide y la Novela pura también me parece útil. Por último, un problema de duración. ¿En qué se convierte el Tiempo en la fabricación de vidas ficticias? Algunas páginas de J-J. Marchand sobre el Tiempo y la técnica novelística según J.-P. Sartre hubiesen bastado para exponer ello. La introducción de R. Tavernier y el artículo crispante pero vivo de Ribemont-Dessaignes, habrían encuadrado bien estas cuestiones. Se hubiera podido suprimir, sin gran daño, los demás artículos, inteligentes pero casi inútiles, y en primer lugar las intervenciones insuficientes de nombres consagrados de la literatura (Prévost, sobre todo; Valéry, Cocteau, Jaloux, Simenon). Me parece que aquella plaqueta hubiera representado lo esencial del número de *Confluencias*.

Confluencias tiene rasgos atenuantes que ávidamente buscamos desde el momento en que su Director, René Tavernier, ha venido a ofrecer conferencias al Sanatorio, donde ha recogido la estima, el reconocimiento y la amistad de los estudiantes. Se podrá decir, en descargo de *Confluencias*, que esta revista no es enteramente responsable de sus defectos, obtenidos de su misma condición de revista; el aspecto militante de las letras jamás es grato del todo. Se percibe demasiado al autor y muy poco al hombre. Una obra maestra nos parece próxima, transparente, fraterna, aun si de ella nos aleja la distancia del genio, mientras que el comentario, sobre todo bajo la forma extendida y casi impersonal que *Confluencias* le ha dado, tiene el aire del reporte hermético y altivo de un consejo de técnicos. Al ver a cincuenta y siete autores dar cada uno su opinión sobre la Novela sin consultar a su vecino, me parece asistir a la disputa de cincuenta y siete médicos junto a un enfermo de Molière. Pero la novela, como todo enfermo de Molière, no es sino un falso moribundo. La Facultad hace bien en juntarse, profesar, argumentar y prescribir en su cabecera; no obstante, no es de ella que aquél obtendrá su cura. A pesar de sus esfuerzos, el enfermo permanecerá mudo ante aquella; y así como el amor ha curado a Lucila la astuta y a sus hermanas mudas, temo que la novela sólo acabe hablándole a aquellos que la aprecien sin disertar demasiado, es decir, sobre todo, a quienes la escriban, y luego a quienes la lean, se pierdan en ella y se fascinen hasta la pura prudencia de amarla en silencio.

Existencias, 1943.

Nota del traductor

Título. La revista *Confluences* apareció mensualmente entre los años 1941 a 1948, en dos series: la primera de 1941 a 1945, la segunda de 1945 a 1948. El único número cuádruple fue el comentado aquí por Barthes (abarcando los números 21-24), titulado “Problèmes du roman” y correspondiente a julio y agosto de 1943; tuvo 416 páginas y su editor responsable fue René Tavernier, cuyo nombre aparece en la reseña. El número que Barthes comenta estuvo al cuidado de Jean Prévost. De sus más de 40 colaboradores, pueden mencionarse los nombres de Georges Mounin, Edmond Jaloux, Joë Bousquet, José Bergamín, Robert Desnos, Jean Cocteau, Paul Valéry, Gertrude Stein, Luc Estang, Georges Simenon, Clara Malraux, Claude Roy, Georges Ribemont-Dessaignes.

Epígrafe. La cita montaigneana es muy significativa, en particular si es Barthes quien la hace. El interés de Barthes por los problemas del autor es bien precoz. Si la redacción del acta de defunción del autor puede fecharse con el artículo barthesiano de 1968 (“La mort de l’auteur”), el acta de su nacimiento posee asimismo un datación precisa: 1° de marzo de 1580, fecha del texto liminar de los *Essais*: el “Avis au lecteur”. La teoría de Montaigne sobre el autor es simple y contundente: un autor es un individuo letrado en su formación (humanista) y libre en sus opiniones (laico). La forma

literaria que con mayor eficacia puede traslucir esta doble condición es la del ensayo, modo de la escritura que permite la manifestación completa de esta constitución mental y de las marcas políticas, morales, etc., a ella asociadas. El tratado y otras formas consagradas por la tradición son en cambio asunto de “comentadores”; el autor, polo opuesto del comentarista —como el ensayo XIII del tomo III, de donde la cita ha sido extraída, deja en claro—, encuentra la forma adecuada a la libertad por él adquirida, en esta forma novedosa que facilita el corte en la cadena infinita de la dependencia de opinión. A la continuidad sin solución del comentario, que liga pero que también subsume la escritura presente a voces y posiciones precedentes, el ensayo representa la irrupción de la inteligencia en el Estado atemporal de las Letras; es una toma de Bastilla sin precedentes y sólo concebible tras el cisma luterano. No todos pueden ser autores ni todos pueden firmar ensayos. Una fuerza particular de la inteligencia se requiere para ejecutar esa valentía. El autor montaigneano, precedente del futuro “intelectual”, es el agente de un reacomodamiento de la inteligencia social, en apariencia intrascendente pero cuyas consecuencias el paso del tiempo corroboraría: este autor multifacético que ha abandonado el periodismo erudito, constituye el gran relevo de la autoridad ideológica central que había prevalecido durante siglos en Europa. El nacimiento del autor está asociado por tanto al progreso de las políticas parlamentarias; él es fruto de una pluralidad de voces dependiente del humanismo fundado en el saber lógico, racionalista, y no en la posesión

custodiada de ciertos ítems culturales. La lógica como razón paralela a la moral, devino el “quid” de la inteligencia humana, cuya repartición acontecía de manera azarosa –en parte por educación, en parte por dotación biológica– y no ya según la norma del privilegio al acceso de datos. La posesión de los datos, de las reglas, adolecía de una condición reservada. El autor montaigneano consagró para el saber universal fundado en la razón lógica (en ese “sentido común” que será designado también como “*lumière naturelle*” por Montaigne y por Descartes) aquello que Lutero había consagrado hacía muy poco en relación con las Sagradas Escrituras. La figura del autor representa, en consecuencia, el pináculo de ese movimiento que algunos teóricos de la política han designado –siguiendo a Hans Baron– como “humanismo liberal”. (No es caprichoso que la familia de Montaigne hubiese hecho fortuna en el comercio; ella fue la expresión clara de esa “clase media” que había aprendido a legitimar su valor en términos de un dinero trabajado, no heredado, y de un saber por el que se había luchado). Sociológicamente, el autor montaigneano es un pequeño burgués sabio y libre, es un modo diferente de deletrear la condición de los antiguos libertos de tiempos de Epicteto (y esta asociación permitiría conjeturar que la manumisión latina había sido remplazada, en el s. XVI, por una lucha del saber llevada a cabo desde una marginalidad que el futuro sólo vería expandirse –hasta constituir una nueva centralidad por derecho propio). El autor no solamente proviene de la ruina de las grandes centralidades (la

imperial, la papal), sino que representa la síntesis refinada de las desavenencias teológico-políticas características de Occidente.

Traducción del epígrafe. Una tradición muy difundida de versiones ha impedido penetrar en la teoría del autor expuesta por Montaigne. El pasaje en cuestión, que condensa dicha teoría, es precisamente el que contiene la cita hecha por Barthes. La frase que impide un contacto con tal teoría incurre en una metáfora económica que ha tomado por sorpresa a los traductores de los *Ensayos*: “d’auteurs, il en est grand cherté”. Decir que hay “carestía” de algo, como la mencionada tradición ha venido traduciendo, es evitar la precisión honrando una literalidad que, en este caso al menos, desvía la atención y enrarece el concepto. La carestía está asociada a la privación, a la falta; toda proliferación depende, en cambio (y en teoría), del buen precio. Esto se comprueba en la vida diaria: si algo es asequible, su presencia florece en los domicilios; si, por el contrario, el artículo es oneroso, el sujeto tiende a experimentar su ausencia. “D’auteurs, il en est grand cherté” significa, por tanto, que hay muy pocos autores contra una cornucopia de comentaristas. Pocas son las instancias sincrónicas de libertad de pensamiento frente a la continuidad diacrónica de la dependencia de pensamiento. Una es la verticalidad del ensayo, miles las horizontales glosas.

Texto. Las mayúsculas puestas por Barthes fueron conservadas en la traducción. Como en el caso del epígrafe, en ocasiones la

literalidad ha sido sacrificada por mor de claridad. Todavía Barthes piensa al autor como alguien que sobrepasa la mera función disertante, erudita, del comentario –que la figura de “la Facultad” representa–, mas sin realizar enteramente al hombre. La negación del sujeto existencial, fenomenológico, no ha tenido lugar todavía; es temprano aún para esos ajustes de pensamiento que poco a poco sobrevendrían, sobre todo a partir de la década de 1950. Mallarmé, después Genette, supieron fijar con claridad el punto de vista moderno sobre la producción de sentido en literatura. De acuerdo con este punto de vista, el autor desaparece de toda consideración cediendo su lugar al texto. El primero de estos dos escritores opuso en “Crise de vers” (1886) la “Transposición”, efecto de presencia, a la “Estructura”, efecto de ausencia. La transposición es el método con que el escritor cuenta para simular el traslado de su persona a la escritura. La estructura, por el contrario, consiste en cultivar la impersonalidad (“l’absente de tout parfum”) por medio de una escritura que haga del texto una fuente prospectiva de sentido y no un núcleo de referencias que estarán siempre en cualquier lado excepto en él. Las implicaciones contenidas en todo esto se clarificarán mucho después, en la página final del artículo consagrado a Borges por Gérard Genette, “L’utopie littéraire”, que aparece en *Figures I* (1966); se lee allí lo siguiente: “Le sens des livres est devant eux et non derrière, il est en nous...” (132) (“el sentido de los libros está por delante de ellos y no por detrás, está en nosotros”). El autor, el comentario, la glosa, términos empleados por Montaigne, ocurren en la reseña barthesiana

asociados a una vertiente satírica que el nombre de Molière procura condensar. Se ve aquí a Barthes a la busca de una posición que le permita huir elegantemente de los ruedos doctrinarios. (Todavía en 1964, en *Éléments de sémiologie*, el lugar marginal de la EPHE quedará envuelto en el mismo juego justificativo). En tiempos de *Le degré zéro...* (1953), esa posición será asumida por la terceridad de la “escritura” ante el doble frente conformado por el “estilo” (el cuerpo subjetivo, indivisible) y la lengua (la común dimensión histórico-social). Por ahora, todavía “lo neutro” no es posible, ni tampoco es clara la salida a la dialéctica de las dualidades en conflicto. Barthes deberá, por un tiempo más, arreglárselas con las disponibilidades ideológicas que la tradición le suministra. A la luz de esto, el recurso a Montaigne, a Molière, da cuenta de aquella busca denodada de puntos de vista sin gravosos lazos ideológicos. No es una ironía menor que la posición de Barthes, en particular desde *Mythologies* en adelante, dependa de la recusación del Montaigne existencialista y bergsonianos (que más tarde el mismo Genette atestiguará en su mencionado volumen) en favor del Molière estructuralista e impersonal (no el de *Le dépit amoureux*, en todo caso, sino el que urdirá las fantasías formales de Monsieur Jourdain en *Le bourgeois gentilhomme*). Apagar el conflicto silenciando al sujeto constituía, por estos tiempos (¿lo será luego también?), el mejor recurso con el que Barthes contaba a fin de eludir las confrontaciones entre argumentos históricos en pugna. Si *Le plaisir du texte* negará sirviéndose de un desvío de la mirada, el internado de Saint-Hilaire du Touvet considera todavía la

neutralización de la Historia por vía del afecto. (El último Barthes reanuda este sentimentalismo, aunque por cierto con mayor dominio sobre los bordes filosóficos del pathos). Como en un buen metafísico, las razones de la parte son todavía la base para la crítica de la totalidad; pues este Barthes, que solicita la reducción del volumen a plaqueta, confía aún en el carácter magro de los fundamentos; ve la abstracción como el camino natural, único a decir verdad, hacia las quintaesencias.

Traducción: David Fiel, Gaiman, octubre de 2013.

Versión digital: www.celarg.org